

INSTITUCIONES EN EL POS DEL BIEN COMÚN: LOS PARTIDOS POLÍTICOS

MARÍA DEL ROSARIO ANDRADE GABIÑO

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

mariarosario.andrade@upaep.mx

Resumen

Los partidos políticos son una de las instituciones con mayor desprestigio y desconfianza dentro de la sociedad. En el marco de la discusión alrededor de las instituciones en pos del bien común, este artículo se enfoca en los partidos, al presentar elementos para clarificar lo que son y su evolución; al proponer elementos y claves sobre la crisis que viven, desde la metodología de las dinámicas generadoras de bien común, y reflexiones sobre los principales retos a los que se enfrentan en nuestra época.

Palabras clave: Partidos políticos, bien común, humanismo, retos.

Abstract

Political parties are one of the institutions with the greatest loss of prestige and mistrust within society. In the framework of the discussion around institutions in pursuit of the common good, this article focus on political parties, presenting elements that contribute to clarify what they are and their evolution; proposing elements and keys regarding the crisis they are experiencing, from the matrix of common good dynamics, and thoughts on the main challenges they present in our time.

Keywords: Political parties, common good, humanism, challenges.

INTRODUCCIÓN

Dentro de las discusiones en el marco del Congreso de Humanidades 2019 “Instituciones en pos del bien común” organizado por la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, surge la inquietud de abordar una de las instituciones que más ha generado incomodidad en la opinión pública de las últimas dos décadas del siglo XXI: los partidos políticos.

En la actualidad, son pocas las sociedades que no vean con desconfianza a este componente polémico del sistema político de su país. ¿Qué ha pasado para que los partidos políticos hayan perdido la confianza de la sociedad o la credibilidad? ¿Realmente son instituciones que ayudan en las dinámicas de consecución del bien común en las sociedades?

EL CONCEPTO DE PARTIDO POLÍTICO

Para responder a estas interrogantes es necesario regresar un poco a lo que es un partido político, para darle claridad al fundamento y entenderlos dentro de los sistemas políticos. Aunque existen varias definiciones, es prudente decir que todas ellas responden a la época y al momento de evolución de los partidos políticos, o inclusive al lugar desde donde son observados. Por ello, para el objeto del presente artículo se acude a la síntesis de una definición que recoge elementos de Josep Vallés, Jordi Matas y Pablo Oñate: los partidos político son “asociaciones voluntarias que proponen un programa de intervenciones globales y compiten electoralmente por el ejercicio del poder institucional” (2002, p. 345), son “asociaciones que parten de los individuos, con el objetivo de defender ciertos intereses, alcanzando el poder político y ejerciéndolo a través de un programa con un afán de permanencia en el tiempo” (1996, p. 316), estructuran y transmiten la opinión pública, canalizan la pluralidad de intereses para comunicarlos en demandas y concretando políticas a implementar desde el gobierno, así propician influencia de los ciudadanos en las decisiones públicas, reclutan personas para conformar las futuras élites dirigentes, colaboran en la legitimación del propio sistema político (Oñate, 1997) .

Además, Pablo Oñate (1997) identifica los principales elementos que ayudan a diferenciar a los partidos políticos de otras organizaciones que son intermediarias entre el gobierno y los ciudadanos:

Organización formal, de carácter estable y permanente, y territorialmente extendida. Objetivo de alcanzar y ejercer el poder político o de compartirlo, no conformándose con influir en el proceso de toma de decisiones. Un programa de gobierno con los objetivos a alcanzar.

Búsqueda del apoyo popular normalmente a través de procesos electorales, mediante la presentación de candidatos a comicios para ocupar cargos públicos (p. 253).

LA EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Una vez que se tienen presentes estas definiciones de los partidos políticos, es de gran utilidad acercarse brevemente a la historia de su evolución -en cuanto a occidente- para tener mayor claridad en cómo surgieron y cómo llegaron a consolidarse en lo que actualmente son dentro del sistema político, y en general dentro de la sociedad.

La aparición de estas instituciones en un inicio, se remontan al siglo XVII con los grupos políticos dominantes dentro de las monarquías y parlamentos que, estando en el poder, necesitaron la formación de facciones de acuerdo a intereses específicos -'partidos de notables'-. Como tal, no contaban con proyectos políticos definidos o muy elaborados, su organización no era rigurosa sino se construía alrededor de algún interés en común, su estructura era de carácter oligárquico, y el reclutamiento se daba de manera selectiva de acuerdo al poder o influencia que podían representar y aportar los miembros nuevos.

A finales de la modernidad y en los inicios de la época contemporánea confluyeron diversos acontecimientos en la evolución de los partidos políticos: principalmente, la extensión del sufragio y el surgimiento de 'las masas' dentro de la sociedad. Lo que provocó que de manera lógica se crearan partidos políticos desde la oposición política y social; la mayoría de estos desde los sectores sociales más abandonados o excluidos que exigían satisfacción a sus demandas y necesidades, en busca de su mejoramiento social. Así es como nacen los tradicionalmente llamados 'partidos de masas'. En éstos, a diferencia de los primeros partidos que resultaron de la división por intereses, era necesaria una afiliación numerosa, una permanente organización, con una estructura definida y sustentada por personas dedicadas exclusivamente a dichas funciones, y un programa político donde estuvieran claras las propuestas en torno a sus intereses y necesidades. Parte de la importancia de que sus militantes se dieran en grandes números radicaba en que los partidos se mantenían gracias a las aportaciones económicas y fuerza laboral voluntaria que provenía de sus miembros;

además los partidos de masas fueron un instrumento de educación popular a través de la difusión de sus ideas y propuestas de acciones de gobierno, que marcaron ideologías en generaciones. La ideología era la esencia vinculante entre los miembros y simpatizantes que intentaba incorporar moral y espiritualmente a las masas en sus idearios básicos (Oñate, 1997).

Con el paso del tiempo, los liderazgos de los 'partidos de masas' comenzaron a profesionalizarse y a controlar las actuaciones de los partidos, dejando a un lado los intereses y funciones de los militantes, y poniendo igualmente en segundo plano el papel de los legisladores emanados de sus filas (Oñate, 1997).

En la segunda mitad del siglo XX, con la vivencia que dejaron las Guerras Mundiales, los partidos de masas transitaron hacia los 'partidos de electores'; principalmente se dejó de buscar a sectores específicos de la población y lo importante fue 'el electorado', en especial la movilización de votantes. Por lo tanto, para este tipo de partidos, los programas políticos comenzaron a plantearse de acuerdo a estrategias de atracción, y no tanto respondiendo a sus principios de doctrina o estatutos -los cuales normalmente son los que sustentan las propuestas en función a las ideas y los valores que defienden desde su creación-, fueron sacrificando la educación ideológica por objetivos de aceptación mayor en las urnas.

Sobre todo, con la llegada de la posmodernidad y la caída de la Unión Soviética, los partidos políticos no pudieron permanecer como se les conocía. La transformación de la sociedad, la difuminación o el desdibujamiento de las ideologías, junto con la fuerza del neoliberalismo, provocaron una evolución de los sistemas políticos. Dentro de los partidos políticos comenzaron a ser aún más importantes las estrategias electorales inmediatas, el fortalecimiento de los principales dirigentes y el fortalecimiento de lazos con grupos de interés de todo tipo (Oñate, 1997).

Finalmente, dentro de esta evolución de los partidos políticos nos encontramos ante una nueva característica, que les ha dado un matiz diferente, en los llamados 'partidos electoral-profesional' -matiz que no se ha manifestado al mismo tiempo en todos los partidos políticos y que Oñate (1997) les da la etiqueta de 'partidos de gestores'-. Reconociendo que la forma

de ganar las elecciones se modificó y con esta forma el costo aumentó de manera exponencial, también el costo de llegar y mantenerse en el poder aumentó significativamente, los partidos comenzaron a cargar con una importante presión económica y sumando que parte de su financiamiento pasó a ser responsabilidad del erario público -construyéndose así de manera mixta sus presupuestos-; todo esto provocó que ahora el presupuesto, los intereses organizativos, el número de votos y la actividad gubernamental, estén por encima de la militancia o afiliación. En este tipo de partidos la dimensión organizacional ha cobrado mayor importancia, y en lugar de educación política, casi todo ha virado hacia la propaganda electoral -lograr que la información de las campañas políticas circule en todo el territorio que les compete-, por lo que las redes sociales han tenido un papel primordial en estas *nuevas* formas de hacer política y en la variedad de campañas electorales que han surgido.

Es decir, los partidos políticos del siglo XX dedicaban una gran parte de su trabajo a transmitir su ideología aunque esto les llevara mucho tiempo y esfuerzo, los que estaban en el poder se valían de los programas educativos oficiales y medios de comunicación en los que podían tener cierto control, los demás partidos llegaban a apoyarse en la prensa escrita y posteriormente en la interlocución que permitió la radio y la televisión, pero con la llegada del internet la forma de la comunicación se transformó: se abrió el acceso de interacción tanto al gobierno, las élites, intermediarios, como a toda la sociedad en general. Asimismo, otra característica de la evolución es que los miembros principales de estos partidos son personas que se han profesionalizado de manera exclusiva para la actividad partidista y su carrera política, en comparación a tiempos anteriores donde la actividad partidista sólo era una actividad entre muchas otras actividades que realizaban los miembros, pero además de esto, pareciera que los profesionales en lugar de ser un componente de la sociedad civil se vuelven elementos del aparato de la administración pública (Oñate, 1997).

Pareciera que la llamada crisis de los partidos políticos comenzó a ser evidente cuando evolucionaron hacia la característica 'electoral', pero en las últimas décadas –en México podemos identificarla en el último par– es observable que muchos de ellos se han

encaminado hacia un rumbo más delicado por la crisis que viven. La dirección que han tomado es la de constituirse como partidos políticos alrededor de una figura política – usualmente un líder carismático, elocuente, con la construcción de una percepción de ser ejemplar y tener cualidades extraordinarias, legitimado por el reconocimiento de sus seguidores que confían en él y que logra conformar cuerpos operativos de misioneros comisionados para mantener la dominación (Weber, 1964)-, y haciendo uso de sus recursos como si fueran una empresa. Así es como en la actualidad, algunos de los partidos existentes cambian o en otros casos surgen nuevos, en función a algún candidato carismático -en la búsqueda de la conquista que se transforma en votos, y que así los seguidores se acostumbran a satisfacer sus necesidades materiales gracias al líder o candidato- (Weber, 1964) y la institución termina siendo una extensión de su persona.

Dichos cambios han llegado a un punto en el que la afiliación partidista no es importante ni los programas políticos muy elaborados, pero sí el seguimiento de los electores, por lo que se recurre a grandes estructuras de publicidad y *marketing*. Esto puede ser observado en una descripción que hace Alain Touraine (2002) de las campañas en Estados Unidos:

Hoy en día las campañas (...) son como incursiones hechas por comandos: una pequeña unidad de artistas de elite maquillados, expertos en relaciones públicas y escritores de discursos descienden sobre una comunidad con el único propósito de obtener unos pocos minutos en los noticieros televisivos. (p.314).

El gran riesgo de este tipo de partidos políticos es lo que sucede con ellos cuando el candidato ya no es candidato, sea porque llegó al poder político, se movió a otro partido o cambió de alianzas políticas, falleció o simplemente sus intereses cambiaron -cabe destacar que otra parte del riesgo que representa el liderazgo de tipo carismático descrito por Weber (1964), es que inicia fuertemente vinculado con las emociones por lo que cuando el carisma se vuelve rutina, la acción política es vinculada con la razón, además de que el líder impulsa una reorientación de conciencias y acciones en sus seguidores y no existe una aplicación racional jurídica-. Aunque no es el propósito del presente artículo ahondar en ello, parece

pertinente señalar que es en este tipo de partidos en donde han encontrado un buen hogar algunos proyectos populistas de la actualidad.

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y EL BIEN COMÚN

Al contar con la claridad que da el acercamiento al concepto, sus implicaciones y su evolución, retomamos las interrogantes iniciales de este artículo: ¿Qué pasó con los partidos políticos? ¿Cuál es su papel como instituciones en el trabajo por el bien común?

De acuerdo al último informe de Latinobarómetro (2018) al medir la confianza de ocho instituciones en América Latina, se posicionan a los partidos políticos en el último lugar con el promedio de 13% de confianza, teniendo en México el promedio de 11% de confianza; el Barómetro Global de Corrupción (2019) para América Latina y el Caribe reporta que en los últimos 5 años, uno de cada cuatro ciudadanos han recibidos sobornos a cambio de su voto, mientras que en México el dato es de uno de cada dos ciudadanos en compra de votos y uno de cada cuatro han recibido amenazas de represalias si no votan en un sentido determinado; igualmente Consulta Mitofsky publicó en 'México: confianza en instituciones 2019' que de 18 instituciones evaluadas, los partidos políticos ocupan el penúltimo lugar en cuanto a confianza de los ciudadanos, teniendo en una escala del 1 al 10 la calificación de 5.4 (el último lugar fue obtenido por los diputados por una décima de diferencia), después de hacer un promedio de las mediciones anuales desde el 2004 los partidos políticos obtienen una confianza de 5.35 a lo largo de 16 años en México.

Sin duda, las primeras ideas posicionadas en la opinión pública en cuanto a los partidos políticos son las de corrupción (abuso electoral, financiamiento fraudulento, compra de votos, campañas negras y amenazas de represalias), impunidad o pragmatismo - en el sentido más peyorativo de estas acepciones-. Estas percepciones, si corresponden en gran parte con la realidad reducen la complejidad del fenómeno partidista y eluden la cuestión más profunda de la necesaria mediación de la agencia política en democracias representativas.

La profundidad de la crisis de los partidos puede señalarse desde la noción de bien común. Han perdido su rubro, han olvidado que son agrupaciones de personas y que su finalidad es

Andrade, M. (2020). Instituciones en pos del bien común: los partidos políticos. *Revista A&H* (Instituciones políticas en pos del bien común. Congreso de Humanidades), 72- 85.

el mejoramiento social de ellas a través de su representación en el poder político. En vez de servir a las personas y el bien común, se han transformado en mero instrumento de acceso al poder. Han sufrido una reducción Maquiavélica —hacer todo lo que sea necesario para llegar al poder sin importar el precio— que Robert Reich describe como uno de los elementos esenciales de la degradación del bien común (2018, 65-74). Para profundizar en este análisis, puede ser útil valerse del enfoque del bien común que propone el Instituto Promotor del Bien Común (IPBC).

El enfoque del bien común (Nebel, 2018) es sustentado a partir de la noción de que el bien común corresponde a las acciones que generan comunidad, capital social (Putnam, 2000, 402-414). Más específicamente describe las interacciones y colaboraciones que crean y mantienen el conjunto dinámico de bienes sociales que nos agrupan como sociedad. El bien común conforma esta dinámica constante que busca un equilibrio más humano entre los bienes comunes existentes en una sociedad. Una sociedad, bajo este enfoque, puede ser descrita a partir de los bienes comunes específicos que la constituye y los nexos que estos tienen entre sí. Los bienes comunes específicos en su heterogeneidad, se concilian, complementan y refuerzan los unos a los otros, generando la especificidad o identidad de una sociedad.

Para que dicha dinámica exista, el IPBC propone una matriz de las dinámicas de bien común. Identifica cinco dimensiones normativas esenciales a la existencia de una dinámica de bien común en cualquier sistema social. Estas son: la libertad de agencia, la gobernanza, la justicia, la estabilidad y la humanidad (Nebel, 2020, 19-23). La pertinencia de este enfoque para analizar la crisis de los partidos políticos radica en varios elementos: El primero es que para generar nexos del bien común y trabajar en que estos sean más humanos y justos, es necesario ejercitar la responsabilidad política. El segundo, implica la dimensión de la libertad de agencia -la cual es el motor de la dinámica del bien común-, como la libertad de la persona para interactuar con el otro y ser capaces de generar bienes, es gracias a la agencia que los partidos políticos nacieron y en ella se encuentra la posibilidad de su permanencia. El tercer elemento es que la gobernanza -volante de la dinámica del bien común- implica, entre varias tareas, las intervenciones que se requieren ante los conflictos que surgen entre los intereses individuales y el liderazgo necesario para crear un futuro común.

Andrade, M. (2020). Instituciones en pos del bien común: los partidos políticos. *Revista A&H* (Instituciones políticas en pos del bien común. Congreso de Humanidades), 72- 85.

Los partidos políticos son un intermediario necesario para este objetivo. Es más, los partidos son partes integrantes de la gobernanza policéntrica de nuestras democracias (Ostrom, 2009), como instituciones que se encargan de colaborar en generar las respuestas esenciales para construir el bien común, ¿qué valoramos como personas y como sociedad? ¿qué queremos conseguir juntos? y ¿cómo podemos lograr juntos lo que queremos?

UNA SOCIEDAD LÍQUIDA Y UN MUNDO FRAGMENTADO

No obstante, no se puede señalar a estas instituciones como las únicas responsables de su propia crisis. Esta es parte de una transformación más honda de nuestras sociedades manifestada por varios grandes pensadores. La crisis es parte del resultado de las características de la época en la que nos encontramos como humanidad, época que también es resultado y evolución de las anteriores. Para entenderla podemos recurrir a los profundos análisis de dos filósofos-sociólogos Zygmunt Bauman y Cornelius Castoriadis. Bauman (1999) otorgó la característica de 'líquida' a la sociedad y a la época que vivimos, construida de estructuras flexibles, volubles, livianas, que fluyen, se filtran, escapan. En un sentido concordante, Castoriadis (2008) describe a nuestra época dentro de un 'mundo fragmentado', donde la despolitización crece al igual que el individualismo, la imaginación política se encuentra completamente atrofiada y las verdades a medias nos han llevado a un agnosticismo político y a una ausencia del pensamiento crítico dentro del conflicto político que han facilitado la evasión como forma de conducta. En un sentido similar, Alain Touraine reconoce que la ciudadanía también está en crisis al haber un decrecimiento en los procesos de socialización por lo que las instituciones sociales y políticas van perdiendo su capacidad de agencia (2002).

Al nivel de los partidos políticos, este cambio se ha producido por una renuncia gradual al humanismo como eje de referencia de los partidos políticos. Dentro de un enfoque del bien común, la dimensión de humanidad sintetiza el logro de la dinámica del bien común "la posibilidad de vivir juntos como seres humanos" (2020, p. 37), es decir humanizar el mundo,

por lo que la tarea del gobierno es justamente la gestión de los nexos entre los bienes para así lograr dicha humanización.

La realidad es que, sin importar con qué tipo de ideologías se hayan originado o con qué ideas se les relacione en la actualidad, los partidos políticos, como instituciones dentro del sistema político, surgieron teniendo intrínsecamente al humanismo y la agencia como esencia de su ser. Carlos Castillo López (2015) en el libro 'La urgencia humanista' da al humanismo actual esa característica 'líquida' al describir que "se disuelve en un inmenso océano donde se adultera, se pierde y se confunde con otras doctrinas políticas, económicas o meramente utilitarias, de tal suerte que la actividad política, la actividad pública, comienza a carecer de su sello distintivo" (p. 28). Igualmente, esta ausencia en los partidos políticos se observa en cómo se ha instrumentalizado la dimensión de la agencia dentro de las dinámicas del bien común, ya que en lugar de ser representantes, seguir siendo voceros y facilitadores de los productos resultantes de la libertad de las personas al actuar colectivamente, han manipulado esta dimensión para su propio fin: acceder al poder y mantenerlo; se ha instrumentalizado la dimensión de la gobernanza, ya que en lugar de que los líderes de partidos ayuden a guiar a las sociedades hacia un futuro común, han utilizado el liderazgo del propio partido para simplemente acceder al poder y servirse de él.

Los partidos políticos, para contrarrestar la crisis general y la propia, tienen el reto de recuperar la congruencia respecto a los motivos que originaron su formación y la relación que tienen con las personas; ya que es justo como personas que los individuos se encuentran permanentemente abiertos al otro para construir nuestra sociedad con un sentido de comunidad y procurar lo mejor para ella -a través de su participación y de políticas públicas integradoras (Alcántara, 1995)-. Es así como su objetivo de representación seguiría tendiendo vigencia y se colocarían nuevamente como mediadores entre la sociedad y el gobierno, en lugar de aumentar la distancia con los ciudadanos y aumentar la población excluida.

La crisis de los partidos políticos no se resuelve con su desaparición o, por lo menos, eso es lo que nos ha demostrado la historia. Cuando en alguna nación se ha buscado su eliminación, lo que ha resultado es la llegada al poder de algún grupo de personas que en la

práctica busca -igualmente- la hegemonía del poder, pero que termina por presentar de manera acumulada los peores vicios de los partidos políticos anteriores, como fue el caso en Chile, Paraguay, Cuba, entre otros. Por ello, no podemos ignorar que son instituciones necesarias para la democratización de los pueblos. Ante la pluralidad natural de la sociedad y su realidad se hace necesaria la variedad de representaciones que coadyuven en el alcance de bienes comunes; al tener variedades de opciones y posibilidades se enriquece la vida del ser humano, se enriquece la vida en comunidad.

¿CUÁL ES EL RETO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS?

Se podría formular una respuesta doble: por un lado, lo que deben hacer los propios partidos políticos para superar o disminuir la crisis; y, por otro, lo que las personas como miembros de una sociedad deben hacer con la existencia de dichos partidos.

Los partidos políticos deben colaborar en contrarrestar la apatía política existente, llamada también antipolítica. Cornelius Castoriadis, según lo cita Zygmunt Bauman en el libro 'En busca de la política' (2019), indica que uno de los rasgos más evidentes de la política contemporánea es su insignificancia, al mostrar su impotencia para generar cambios y simplemente mantenerse en el poder. Bauman hace un interesante aporte respecto a dicha impotencia, la señala como el resultado de un liberalismo que, con su aplastante desregulación y libertad de los mercados, ha prescindido cada vez más de las instituciones políticas y del poder político, enfocándose fuertemente en el poder económico. Por lo tanto, la apatía política aumenta al saber que las instituciones políticas no son tan necesarias, pues sólo pueden prometer pero no cumplir. Esta apatía a su vez se ha relacionado con el conformismo político, por lo que hace tan pertinentes las recomendaciones de Castoriadis: "son necesarios nuevos objetivos políticos y nuevas actitudes humanas" (2008, p. 26).

Bauman profundizó aún más al indicar que la forma de proceder en nuestro mundo contemporáneo está relacionada a lo que Freud ya había escrito antes sobre el concepto alemán de *Sicherheit*, que en su traducción hace referencia a la seguridad, la certeza y la protección:

Los tres ingredientes (...) son requisitos para la autoconfianza y la independencia que determina la capacidad de pensar y actuar racionalmente. La ausencia o la escasez de alguno de estos tres ingredientes tiene más o menos el mismo efecto: falta de resolución, pérdida de confianza en la propia capacidad y desconfianza de las intenciones de los otros, incapacidad creciente, angustia, aislamiento, tendencia a inculpar y acusar, a la agresividad y a buscar chivos expiatorios (...) síntomas de desconfianza existencial corrosiva. (2019, p. 26).

Lo anterior es un ciclo vicioso, ya que el conformismo social con los mercados y con la mala política y, en general, la indiferencia respecto al ámbito público nos ha llevado a debilitar aún más a la democracia, y a generar más sufrimiento humano: pobreza, desigualdad, menos oportunidades, inseguridad, corrupción, etc. Carlos Castillo López -en diversas ponencias del 2012 al 2015- ya advertía a políticos latinoamericanos, identificados con el humanismo, que la apatía hacia la política ponía a sus países y a los europeos en un gran peligro ante los populismos, demagogias y mesianismos. ¡Cuánto más sufrimiento humano se ha producido desde que estos fenómenos políticos se desarrollaron en las naciones!

Los partidos deben de regresar al humanismo político traducido a nuestro mundo contemporáneo. El humanismo político no debe ser una bandera exclusiva de ciertos grupos de derecha o tradicionales, sino que absolutamente todos los partidos políticos, ante la razón de ser de su existencia, deben volverse a mirar como instituciones conformadas por personas para las personas, como agentes, que a través de la representación, colaboradores en la construcción y acceso de bienes comunes. Para lograr esto se deben romper las estructuras operativas de los partidos actuales que han optado por trabajar en torno a una única persona - un actor político, candidato, dirigente, etc.- y cuyos integrantes se han profesionalizado de manera pragmática para servir intereses particulares, ser administradores eficientes de lo público, pero sin corazón, sin valores y sin bases reales, y así recobrar la actitud de servicio para construir en comunidad, para ser mejores humanos y que el gobierno trabaje para crear dinámicas de bien común.

Los partidos políticos deben construir una comunicación política a la altura de la velocidad de nuestro mundo, con todos los retos que esto implica, pero logrando comunicar la nobleza de su quehacer, el cual es producto del trabajo guiado por el humanismo.

Las sociedades deben aceptar y entender que la mayoría de los países en el mundo tienen institucionalizados a los partidos políticos dentro de sus sistemas políticos, y México no es la excepción, por lo que se han tornado instituciones mediadoras necesarias, se esté de acuerdo o no con ellos. Por otro lado, la historia ha demostrado que los ciudadanos, entre más instruidos y mejor informados estén, podrán construir una ciudadanía más exigente y con las condiciones suficientes para construir estructuras sociales complementarias donde se trabaje en la aportación de propuestas y soluciones. La democracia necesita de personas preparadas, que piensen y se interesen en la política.

Por lo tanto, la mejor opción que tienen los miembros de la sociedad es la de colaborar con los partidos políticos y ver de qué maneras pueden hacer que el humanismo político regrese a estas instituciones: que vuelvan a ver al ciudadano como una persona y no meramente como un elector, que lo representen, que estén permanentemente abiertos al otro, restándole peso al individualismo, egoísmo, utilitarismo y pragmatismo causantes de su crisis actual.

Finalmente, en relación a la principal demanda actual de las personas hacia las instituciones políticas, que es la demanda de seguridad, cerraré este artículo con una reflexión de Bauman:

Tampoco conseguiremos que la mosca de la inseguridad se desprenda de la miel de la libertad individual si no recurrimos a la política, si no empleamos el vehículo de la agencia política y si no señalamos la dirección que ese vehículo debe seguir. (2019, p. 16).

REFERENCIAS

- Alcántara, M. (1995). El rendimiento del sistema político desde su operatividad procedimental. En *Gobernabilidad, crisis y cambio* (pp. 60-104). Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2019). *En busca de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2018). *Tiempos líquidos*. México: Tusquets Editores.
- Bauman, Z. (2019). *Vida líquida*. México: Ediciones Culturales Paidós.
- Caminal, M. (coord.) (1996). *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Tecnos.
- Castillo, C. (2013). *Cartas a un joven político*. México: Cámara de Diputados.
- Castillo, C. (2015). *La urgencia humanista*. México: Fundación Rafael Preciado.
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata: Caronte Filosofía.
- Corporación Latinobarómetro (2018). Informe 2018. Corporación Latinobarómetro.
- M'Bokolo, E., Touraine, A., Walzer, M. (2002). "¿Qué democracia para el futuro?". En *Claves para el siglo XXI* (pp. 309-326). Barcelona: UNESCO y Crítica
- Mitofsky (2020). México: confianza en instituciones 2019 [Diapositivas]. Mitofsky. [2019 Mitofsky ConfianzaInstituciones.pdf](#)
- Nebel, M. (2020). "Imaginar un futuro común. Temporalidad y dinámicas del bien común". en Nebel, M. (Ed.), *Generar un porvenir compartido* (pp. 21-43). México: Tirant.
- Ostrom, E., (2010), "Beyond markets and states: polycentric governance of complex economic systems". En Karl Grandin K. (Ed.), *The Nobel Prizes 2009*, Stockholm: The Nobel Foundation, 408-444.
- Nebel, M. (2018). "Operacionalizar el bien común. Teoría, vocabulario y medición". En *Metafísica y Persona*, 10(20), 27-66. <http://www.revistas.uma.es/index.php/myp/article/view/4830/4913> (consultado junio 2020)
- Oñate, P. (1997). "Los partidos políticos". En Del Águila, R. (Ed.), *Manual de Ciencia Política* (pp. 251-270). Madrid: Trotta
- Pasquino, G. (comp.) (1993), *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Alianza Universidad Textos.
- Pring, C., Vrushni, J. (2019). *Global Corruption Barometer: Latin America and the Caribbean*. Transparency International.
- Putnam, R.D. (2000), *Bowling alone. The collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster Paperbacks.
- Reich, R. (2018), *The Common Good*. New York: Penguin.
- Vallés, J. (2002). *Ciencia Política. Un manual*. Barcelona: Ariel.
- Weber, M. (1964). *Economía y Sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.